



Crónica Literaria

Por ALONE

Montherlant y Boisdeffre

Setenta y tantas páginas dedica Pierre de Boisdeffre al estudio de Montherlant en el segundo tomo de los tres que componen su "Metemorfosis de la Literatura", recientemente traducidos y editados por "Guadarrama" de Madrid.

Son una serie de ensayos breves, pero a fondo, que enfocan al novelista, al poeta, al autor teatral y al moralista publicados esporádicamente en su ocasión, pero rebechos y más o menos coordinados, con acompañamiento de noticias bibliográficas sintéticas y muy útiles para el conocimiento del autor.

Un gran servicio prestado a los lectores de habla española. Tal como Julian Green pertenece al idioma inglés y al francés, Montherlant arraiga a medias en Francia y en España, no se sabe en cuál de ellas con más hondura.

Nacido en París el 21 de abril de 1896, próximo ya a cumplir 74, proviene Montherlant de una familia "de lejanos orígenes catalanes", "etnoblecida" por Luis XIII, a quien debe asimismo su elevación al duque de Saint-Simon, uno de los maestros del estilo directo del "Maître de Santiago". A más de la tauromaquía, su pasión, la historia de Castilla ha inspirado a Montherlant obras capitales, especialmente "El Cardenal de España", que resucita al Cardenal Cisneros y doña Juana la Loca.

Si al espíritu español, caballeresco, de una arrogancia que llega al desafío, agregamos su amor a la adolescencia y una actitud desdénica ante la mujer, tendremos los perfiles esenciales de su temperamento, uno de los más fuertes, ricos y contradictorios entre los clásicos modernos, dentro de la línea que ostenta, como sus cumbres, a Proust, Gide, Valéry, Malraux, Cocteau, etc.

La semblanza de Montherlant empieza con un cruel golpe de los que más le hicieron según el interesado lo confiesa, uno de esos "garrotazos" que un gran salud precede:

"Fue Montherlant —escribe— el mejor dotado de las esencias de su generación, del que más se podía esperar y también del que hemos recibido mayores decepciones. Pero perdió muy pronto la confraternidad de los hombres; autenticamente, encasado en su activa soledad, su orgullo ha ido creando el vacío a su alrededor. Había en él, no obstante, algo más importante que construir: un hombre. ¿Por qué sólo ha llegado a ser el más grande de nuestros retóricos?"

La lanza en el costado...

Cerca del corazón debe haberle llegado su punta para que: "Al hablarme, diez años después —escribe Boisdeffre— acerca de ese trabajo que, según me dijo, se había negado a leer, Montherlant se lamentaba diciendo: "Yo no soy un retórico. Me disculpa por acalorarme, pero mis libros no son mera retórica. Los he hecho con mi carne, con mi vida, con mis testículos, con todo lo que yo soy".

Preziosa confesión y reproche patético que conviene no olvidar.

El párrafo siguiente explica que la irritación de Montherlant no perdurará con exceso:

"La *Belève du Matin* —continúa Boisdeffre— apareció en el panorama literario como un manantial de agua refrescante; desde "Le Grand Meaulnes" no se había visto semejante frescor; una infancia cristiana encontraba su poeta y su caballero. Era preciso ser un adolescente genial para imaginar esta "ciudad cuyo príncipe es un niño", para expresar el misterio del colegio, esa mezcla de cinismo y de orgullo que cultiva el alma de los muchachos de 15 años".

En aquella época aureal, de sol naciente, el autor contaba 24 años. Celebre de un día a otro, no extraña que su herbería juvenil tomara proporciones desmedidas en un temperamento ya inclinado a ello. Sorprende más bien que no estallara. Vauvenargues ha dicho, aludiendo a su caso propio: "Las primeras luces del alba no son más dulces que los primeros rayos de la gloria". Y que sus insolencias y desplantes seportaran después, impertérritos, embestidas en masa tales que, según su crítico, "no ha tenido necesidad Montherlant de entrar en la Academia para convertirse en blanco de esos "chansonniers" de la literatura que son los gaceteros y columnistas de la prensa. Desde hace tiempo los críticos —agrega— se ceban en él al punto que ya es de buen tono referirse al autor de "Service Inutile" como a un clásico apollinado o a un "gran escritor provinciano". Pero vivimos en una época en que, a Dios gracias, ha dicho él mismo, una condena a muerte no deshonra a nadie". El epíteto de "gran retórico" se convirtió en lugar común.

Las flechas detenidas por su escudo daban bote en su coraza.

Al talento imperioso reconocido temprano y a la clase social aristocrática que le sirvió de "ser diferente", lo que lo impulsaba al aislamiento y producía un estilo "que parecía fundido en bronce", duro, suelto, familiar y saboso, con juegos arcaizantes y términos de "argot", el más natural y el más artificio, elíptico a lo Saint-Simon, elocuente a lo Flaubert o Chateaubriand, con algo sólo de él, acunado en su frase, veneciano y de doble y triple filo, pausado, golpeante, clásico y moderno, que se burlaba de las dificultades y miraba de igual a igual a los mayores.

Para romper ese vibrante círculo necesitábase acudir a la insinuación malévola, al estorbo venenoso.

Hijo mimado de una madre absorbente, cuyos rasgos se encuentran esparcidos en muchas de sus obras, Montherlant, a los 18 años, no pudo alistarse en la primera etapa de la guerra y debió resignarse a seguir sus estudios. Boisdeffre cita una penosa frase suya relativa a ese período: "Nunca me he lamentado de haber pedido profundizar en mis conocimientos, mientras los de mi edad morían". Agrega este dato, en otro sentido, más penoso aún: la muerte de su madre lo dejó libre para obtener que lo enviaran a la primera línea. Allí aprendió a ser hombre; hasta entonces, sólo había conocido el mundo de la mujer. También Proust al quedar huérfano pudo cumplir su destino y realizar plenamente su obra. Por algo exclamaba André Gide: "[Familias, os odio]..."

Estos hechos y estos nombres obligan al examen de la actitud sexual de nuestro autor.

Misógino y soltero empedernido, se comprenderán los silbos que la maledicencia teja en torno suyo. El desapecho ante su abrumante superioridad no podía dejar esa vela sin explotación. Y quienes lo juzgan por las apariencias, o sea, la mayoría, más de una vez se habrán desconcertado. El caso, debe reconocerse, no resulta fácil. Los desequilibrios hormonales se prestan a ambigüedades dudosas que no siempre aclaran las interpretaciones de Marañón, por lo demás, sólo a regañadientes aceptadas por el vulgo, propenso a las simplificaciones injuriosas.

Hay, desde luego, repetido e insistente, un estribillo, el desdén por la hembra, la preferencia por el ambiente viril, de colegio, de estado, de toros, de cuartel. Montherlant lo ha convertido en el eje de sus temas favoritos y no se cuida de ocultarlos. A lo sumo abre avenidas laterales. "La mujer" —escribe, pág. 37— está hecha para un solo hombre, el hombre está hecho para la vida y, especialmente, para todas las mujeres. La mujer está hecha para llegar y anclarse; el hombre, para emprender y desprenderse... El hombre toma y desecha... la mujer se entrega. La mujer cree que el amor lo puede todo... El hombre ve los límites del amor... El hombre apenas si puede sentir por la mujer otra cosa que desdén, lo que abruma a la mujer; la mujer apenas si puede sentir por el hombre otra cosa que ternura, lo que abruma al hombre". Y estas sentencias lapidarias, estos axiomas: "El amor de una mujer es más temible que el odio de un hombre... La cólera de los hombres se expande en violencia. La cólera de la mujer se expande en idiotéz..."

¿Cómo extrañarse de que Simone de Beauvoir, aludiendo al poco patriotismo de Montherlant, afirmara que más respeto que el merecían algunas modistillas?

El segundo sexo exigía venganza.

El desequilibrio que hace vacilar entre ambos puede producirse en los dos sentidos, masculino o femenino. Pero el simple contacto con la prosa de Montherlant basta para advertir la prepotencia del primero: no sólo la prosa, tajante, brusca, sofrenada, sino los temas y hasta los géneros dulan de la blandura y la vaguedad flotante; el ensayo agresivo, la sátira feroz, los personajes esquemáticos, fácilmente caricaturizables, la acción violenta y atropelladora, las operaciones paródicas, inesperadas, de imágenes que se entrecortan. El teatro mismo que le complace como su tierra propia (¿cuántas mujeres lo han abordado con éxito? En la escena, don Juan es un personaje bufo, y sabemos el diagnóstico de Marañón sobre el Tenorio. Visiblemente estamos ante el varón hiperdiferenciado con su "pase de conquistador" en busca de la prensa única.

Ello, por cierto, ha impedido a la incapacidad heída destilar su ponzoña.

Por si alguna demostración faltara, "Les Garçons", la última novela de Montherlant (1969), la más ruda y claramente autobiográfica, añade argumentos que esperamos próximamente comentar.

Montherlant y Boisdeffre [artículo] Alone.

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Montherlant y Boisdeffre [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile